

acusador para tomar el de negociante, que olvidado del crimen y la venganza de las leyes, se ocupa exclusivamente en sus intereses personales.

«Vuestra suerte está en mis manos, le dijo; teneis demasiada penetracion para dudarlo; me suplicais que no os pierda, eso depende de vos. Os dejo la eleccion entre los tribunales, que os impondrán un terrible castigo, y la sentencia de un vecino bondadoso. — ¿Qué quereis decir? — Lo que podeis entender mui bien; pero no temo esplicarme abiertamente. Hacedme vuestro juez si quereis que desista de la acusacion; some-teos enteramente á la sentencia que voi á pronunciar. — ¿Y cuál

es? — Vedla aquí. La codicia os hizo criminal, y este crimen debe castigarse con un sacrificio de dinero. — ¡Ah! debia haberlo adivinado antes. ¿Y cuál es la cantidad?... — Cien mil rublos. — ¡Cómo! ¿en qué pensais? Es mas que.... — Nada menos, querido vecino. Es necesario que me entregueis este dinero antes de ocho dias. A solo este precio me comprometo por todos los juramentos que querais, á sepultar en las tinieblas un secreto que he penetrado por casualidad. Quemaré á vuestra vista el mismo escrito que habia de perderos. — Aun quando quisiera complaceros, este sacrificio sobrepuja á mis fuerzas. — Nada hai imposible quando se trata

del honor y la vida. Acordaos que el trabajo de las minas es un sacrificio mas penoso que el de una cantidad de dinero. ¡Cuántos criminales serian dichosos, si pudieran comprar á peso de oro la sangre que han vertido! No os pido vuestra fortuna; y seria una locura no admitir una proposicion tan ventajosa.»

En el momento en que Voronitcheff dejó ver su codicia, y que abandonando el semblante de un acusador tomó las maneras de un comerciante, Paradikin empezó á recobrar su tranquilidad, y poco á poco llegó á encontrarse con su energía natural. No intimidándole la presencia de un hombre tan vil, empezó otra vez á defenderse.

«¿Qué hablais, le dijo, de la sangre que yo he derramado? ¿Acaso me he confesado reo del asesinato que me imputais? Sorprendido de vuestras amenazas, y de la altanería que habeis usado conmigo, he podido ceder por un instante á las ideas en que me ha sumergido vuestro aborrecimiento. La inocencia no está libre de un sentimiento de terror. ¿No podré yo sincerarme ante los tribunales de este momento de debilidad que vos creeis una confesion? Decis que teneis pruebas; ¿pero en dónde estan los testigos? los considero bastante lejos de nosotros. ¿Qué importancia podrá darse á la semejanza de letras? ¿No podeis haber fingido mi letra para arrui-

narme? En fin, ¿no confesais vos mismo que hace treinta años que desapareció esa señora? — Ya entiendo el artificio con que intentais defenderos. — ¿Y por qué no? Hablemos con franqueza: creo que Voronitcheff merecerá menos confianza ante el tribunal que Paradikin. — Mui bien dicho: ¿pensais salvaros por la prescripcion del delito? Pero es en vano: vuestra falta es de una naturaleza, que no podrá borrarla el tiempo; está fuera de los límites de la clemencia del Soberano. Mi acusacion va á reduciros otra vez al estado de esclavo; solo por el crimen habeis salido de él. Pensadlo bien; yo soi el único tribunal que puede absolveros. — Y aun cuando yo

quisiera someterme á él, ¿quién me asegura la estabilidad de vuestras promesas?» En este momento, observando Paradikin el semblante de su contrario, encontró en él un aire tan falso, que no dudó mas, y respondió con un tono que confundió á Voronitcheff: «No acepto el contrato que me habeis propuesto; repugna á mi conciencia; diré aun mas: aunque yo fuera criminal y confesara mi delito, mis principios me impondrian la lei de rehusar vuestra oferta; querria mejor sufrir el castigo de la justicia, que agravar mi falta con tan vil especulacion: esta es mi respuesta, y no la cambiaré jamas. Sed mi acusador, presentad pruebas; pero nunca sereis mi juez: no conozco

otros que los establecidos por la autoridad del país. — Aun no habéis vuelto de vuestro desmayo, y habláis como un loco que corre á despeñarse. Yo estoi mas sosegado, quiero que decidais este asunto con todo conocimiento. Hacedme saber mañana vuestra determinacion; por ella arreglaré mi conducta. Si persistis en vuestra repulsa, si quereis ser vuestro propio verdugo, iré á Petersburgo, os denunciaré al Procurador general del imperio, le contaré la relacion de la vieja Dorotea, le pondré ante los ojos un testigo irrecusable; además, buscaré á los parientes de vuestra víctima, y les haré que se declaren contra vos: solo les hablaré de vuestras riquezas, que en

el momento son tuyas. Lo veis, no trato de haceros traicion.... ¿No respondeis? ¿Cómo he de interpretar vuestro silencio? — Como una prueba de lo que acabo de deciros. Si me conocierais mas á fondo, sabriais que mis resoluciones son irrevocables cuando me las han dictado mis principios. — Vuestros principios.... Acuérdate de lo pasado. Bien: te concedo 24 horas para deliberar: piénsalo bien: por un lado una vejez honrada y dulce, y por otro la infamia del suplicio: hé aquí lo que te espera: elige.» Al concluir estas palabras desapareció Voronitcheff, y tomó el camino para encontrar su carruaje. Libertado Paradikin de su presencia y del horror que le inspira-

ba, permaneció algun tiempo abismado bajo el peso de su profundo dolor. Una escena tan larga y violenta habia renovado todas sus heridas; los remordimientos, alguna vez amortiguados pero nunca extinguidos, se renovaron con toda su fuerza; acaso eran mas agudos que los sentimientos de terror con que le habia amenazado. Llamando en su ayuda á la religion, bajó al templo, y prosternándose á los pies de Jesucristo, se humilla ante su voluntad divina, que casi nunca consiente que un gran delito quede sin castigo. Implora la misericordia de Dios, y le ofrece lo que ha pasado y lo que tiene que pasar aun. En medio de esta oracion, un torrente de lágrimas vino á desaho-

gar sus tormentos. En breve dejó la iglesia y se sometió tranquilamente al porvenir.

Entre tanto, para explicar esta resolucion de Paradikin, es necesario volver atras é informar al lector de un personage que no perderemos de vista en lo sucesivo. Veremos, por decirlo así, en un solo individuo dos hombres enteramente distintos. El primero es un esclavo, un lacayo, cuya juventud se vició por las malas lecciones de sus perversos amigos; pero por diferente aspecto fue mas esmerada que la que tienen comunmente los de su clase. Habia aprendido el francés, el alemán, el italiano y los principios de algunas ciencias. Luego que cum-

plió 25 años , esta educacion , superior á su estado , le hizo mirar con horror su abatimiento y esclavitud. Debilitada su fidelidad por la sed de las riquezas , y casi obligado por las circunstancias y la esperanza de la impunidad , cometió un crimen atroz.

El éxito prodigioso de su industria lucrativa le hizo conocer la verdad: el malvado se hizo hombre de bien. «¿Dios mio (se decia muchas veces á sí mismo) , siendo tan fácil enriquecerse por medios justos , por qué habré cargado mi conciencia con un peso que me agobia , y que emponzoña todos los placeres de mi vida?» Desde entonces , por una mudanza bien extraña en los perversos , quiso res-

tituirse al honor y á la virtud: desde entonces se hizo un comerciante de buena fe. Observador escrupuloso de todas sus especulaciones , no cometia el mas ligero atentado contra la justicia , y adquirió la estimacion y confianza general. Cuando los particulares tenian necesidad de vender alguna joya , la llevaban á su casa , bien persuadidos de que era incapaz de disminuir la menor parte de su valor. Si se preparaba alguna boda , á él se encargaban los diamantes , y renovaba los aderezos antiguos : en los casos de un precio dudoso , señalaba el verdadero valor ; en fin , era consultado como el oráculo de la buena fe. La probidad aumentó mucho mas su fortuna que los de-

litos; y su roce continuo con los hombres de bien, mejorando sus costumbres, concluyeron por conciliarle la estimacion de todos. Generoso é inclinado á la caridad, como lo son generalmente los rusos, hacia inmensos beneficios á los desgraciados; no esperaba á que implorasen su caridad, él mismo buscaba medios de ser generoso. Lóndres, en donde fijó su residencia, fue el teatro misterioso de su generosidad: sus compatriotas desgraciados eran el principal objeto de sus pesquisas, aunque la prudencia le obligaba á no dejarse conocer por ruso. Habia auxiliado particularmente en los últimos años de su vida á un caballero llamado Paradikin, arruinado hacia mucho

tiempo por los inmensos gastos de sus viages. Conmovido por los actos de beneficencia de Koustroff, y por el cuidado que tomó en aliviar su vejez; Paradikin quiso que su bienhechor abandonase el nombre de Koustroff y tomase el suyo; al tiempo de morir le dejó todos sus títulos y papeles. Desde entonces pensó Koustroff en volverse á su patria, y comprar allí, bajo el nombre de Paradikin, una hacienda en una provincia retirada del lugar de su nacimiento. Habiendo hecho esta adquisicion, el nuevo propietario adoptó un método de vida mui conforme á su carácter: su misantropía era mas bien provenida de amor á la soledad que del temor de ser descubierto. Tal

es el hombre que un malvado quiere arrancar á la soledad y á la veneracion de sus vasallos.

Ya podemos anudar el hilo de nuestra historia , considerando á Paradikin en una situacion casi desesperada. La edad podia haber modificado su carácter; pero nada habia disminuido la viveza de su imaginacion , cuando se hallaba en un peligro inminente , y buscaba un medio de libertarse de él: aunque alarmado por las imprevistas acusaciones de su enemigo, habia ya reflexionado que ningun crédito podia darse á su simple palabra y sus vanas protestas. «Aunque yo consiga á peso de oro (se decia) el escrito que posee, ¿quién podrá garantirme contra nuevos

atentados? A la primer queja de sus acreedores , á la primer pérdida en el juego , renovará sus amenazas; mi fortuna estaria entonces á su disposicion , y cuando llegue á despreciar sus continuas demandas , me denunciará y me suscitará el proceso criminal con que me amenaza en el dia. En este caso, los últimos instantes de mi vida serán el juguete del furor y la codicia de un libertino; librémonos mas bien de la severidad de las leyes. Tengo en mi favor treinta años de arrepentimiento , y algunas buenas acciones; dejemos obrar al destino.»

Al dia siguiente esperaba Voronitcheff el recado de Paradikin; pero no llegando , despachó á su

Ayuda de cámara con la orden de pedir un *si* ó un *no*, nada mas. La respuesta fue aun mas lacónica: solo contenia un *no*.

El Ayuda de cámara volvió corriendo, y dió fielmente la respuesta. Su Amo se enfurece, ni aun á él mismo perdona; le acusaba del mal éxito de su comision. Le envia en seguida á mandar disponer su viage: Voronitcheff queria partir al dia siguiente; creia que la ligereza de su viage obligaria á Paradikin á admitir las condiciones propuestas. Por la noche fue llamado el Ayuda de cámara á recibir órdenes de su Amo, que se las dió con su dulzura acostumbrada: «Escucha, majadero; y desgraciado de tí si no haces exac-

tamente lo que voi á mandarte. He dicho en todas partes que mi viage va á ser mui rápido, que voi á caminar dia y noche; tú solo sabrás que iré mui despacio. Hé aquí mi itinerario; en él estan todas las jornadas; si Mr. Paradikin, con quien trato un asunto mui importante, me buscase, me enviarás un criado que corra noche y dia hasta encontrarme.»

Al dia siguiente emprendió su camino Voronitcheff, calculó que pasaria á las ocho por la casa de Paradikin; esta era exactamente la hora dedicada á los ejercicios divinos. Ya hemos dicho que la capilla estaba situada á uno de los extremos del castillo; la puerta exterior daba al camino. Voronit-

cheff hizo parar el carruage y entró en la iglesia. Paradikin no lo advirtió, y siguió sus oraciones. En el momento que se acabó la misa, y que se retiraban todos, Voronitcheff, dirigiéndose á Paradikin, le dijo: «Parto al momento para Petersburgo: ¿teneis algunas órdenes que darnos? — Yo solo mando á mis criados; buen viage, y que se cumpla la voluntad de Dios. — Mr. Kous.... Mr. Paradikin quiero decir, puede estar bien seguro que mi único deseo es servirle.» Al decir estas palabras, salió de la capilla y montó en su carruage que se alejó con velocidad. En el camino iba pensando en la serenidad de Paradikin en esta última entrevista: perdió en algun

modo la esperanza de ser llamado; pero no por esto alteró las disposiciones de su viage. Desde entonces el aborrecimiento, que habia estado oculto por la avaricia, recobró todo su poder: se consolaba de la pérdida de cien mil rublos con la idea del castigo que impondrian á Koustroff.

Entre tanto, despues de la marcha de este enemigo mortal, Paradikin quedó sumergido en ideas horrosas. Sorprendido en la casa de Dios, en el momento en que el alma se desprende de todos los afectos de la tierra para entregarse enteramente á la oracion, habia respondido con dignidad; pero la naturaleza muchas veces es mas fuerte que el caracter. Devo-

rado de inquietud, se dirigió al punto mas alto de la casa, desde donde se veia el camino de la capital: desde allí vió los carruages de su enemigo, cuyas visitas le habian llenado de horror, y hubiera querido detenerle. Su resolucion estaba vacilante; bajó, llamó á sus criados, mandó ensillar el mejor caballo, y un momento despues mandó lo contrario. En fin, avergonzado de manifestar su agitacion, hizo un grande esfuerzo sobre sí mismo: el desprecio que hacia del hombre que procuraba su pérdida, le confirmó en su primera resolucion. Se fue tranquilizando poco á poco, y para no sucumbir nuevamente á sus ideas, salió de su casa, y se internó en lo mas

espeso del bosque, meditando los medios que emplearia para defenderse en su causa.

Sumergido en sus ideas, conoció bien pronto que se habia alejado demasiado: un ruido que oyó en lo mas espeso del bosque, le hizo mirar hácia allá; se disponia á huir, cuando vió que era Gregorio, el Ayuda de cámara de Voronitcheff, que admirado de verle donde no habia acostumbrado jamas, le dijo con un aire de satisfaccion: «Por san Nicolas, M. Paradikin, que si esta mañana me hubieran dicho que encontraria una persona en este bosque, antes hubiera creido que era el gran turco que no vos: despues del fuego en la casa del General en la Pascua de Pentecostés,

no se os ha visto fuera de vuestra casa, en donde vivís como un ermitaño. Dios sabe lo que yo me alegro de veros, aunque vuestra lacónica respuesta de ayer me ha valido un terrible regaño.» En cualquiera otra circunstancia Paradikin hubiera sentido este encuentro; pero en el estado en que se hallaba su alma, experimentó una especie de consuelo en la presencia jovial de Gregorio, á quien conoció al momento. «Paseaba mui distraido y me perdí; he salido de mis dominios, lo que me sucede bien pocas veces. — Estais en nuestros dominios, señor Paradikin: cuando digo nuestros, escusadme esta libertad, debería decir del señor Voronitcheff mi amo, que el cie-

lo lleve con bien. — ¿Ha marchado? — Sí señor, bendito sea Dios: ¿estaria yo tan contento si no estuviera lejos de aquí? Hablándoos con franqueza, su presencia me hace temblar, y luego que marcha recobro mi buen humor; es como si me descargáran de tres ó cuatro arrobas de plomo que tuviese en el pecho; y no creais que soi yo solo, á todos nos sucede lo mismo. ¡Ah! bien sé que volverá; y entonces ¿qué harémos? Pero no pensemos en eso; ahora soi dichoso, pues que no vendrá en algunos dias. — Es un amo bastante duro. — Es lo mismo que el hierro: sus órdenes son como un martillo que está golpeando sin cesar, y yo soi el que sufre todos sus golpes, como

que las recibo inmediatamente. He conocido personas que abandonan su maldad con el tiempo; pero este jamas. Se levanta y se acuesta todos los dias encolerizado. Estoy por creer que no es hijo de un padre tan bueno como el suyo, y sobre todo de una madre tan santa. — Consuélate, Gregorio, consuélate, no es mejor con sus vecinos que con sus criados. — Afemía que no sé lo que ustedes tienen entre manos; pero ayer vuestra respuesta, aunque corta, le llenó de rabia.... Temí que me pegaba; no hubiera sido por la primera vez; pero yo no podia decir *si*, cuando vos habiais dicho que *no*. Me llenó de todas las injurias que hubiera querido deciros, como

si me hubierais dado vuestros poderes; pero ¿qué puede hacer os vuestro rango os pone al abrigo de sus persecuciones. — No, mi posicion no le detiene: celoso de mi reposo y de mi fortuna, furioso de haber sido echado de mi casa cuando volvió de sus viages, ha jurado mi pérdida: ¿podrás creer que me acusa de un asesinato cometido hace treinta años á seiscientas leguas de aquí? — Apenas pronunció Paradikin estas palabras, una conmocion terrible se apoderó del semblante de Gregorio; á su aspecto risueño sucedió la tristeza: Paradikin no sabia qué pensar de esta mudanza, cuando el Ayuda de cámara le dijo en voz baja: «Os acusa de un asesinato,

él... es una palabra que no debia salir nunca de su boca. — ¿Qué quieres decir? — Solo la verdad: seguidme, señor Paradikin, nos internaremos en el bosque, y allí buscaremos un lugar solitario; allí podré contaros todo, sin miedo de que me escuchen, á no ser que los árboles tengan oídos. — ¿Por qué quieres llevarme tan lejos? — Porque tengo que comunicaros un asunto: no temais nada conmigo; no me parezco á mi amo, gracias á Dios. Veis este instrumento; pues sirve para cortar los árboles para venderlos á un rico empresario: ¡pobres árboles! cortados antes de tiempo pagarán las locuras que va á hacer su amo á Petersburgo. Los trabajadores deben venir por aquí,

y soi perdido si nos ven hablando misteriosamente: mi Amo haria un crimen de esto. — Bien, ya te sigo, respondió Paradikin, convencido de que Gregorio habia recobrado su ordinaria alegría.

Los dos atravesaron el bosque en el mayor silencio. Luego que llegaron al punto donde se dirigian, se sentaron al lado de un arroyo sobre el césped. Entonces el Ayuda de cámara empezó de este modo su relacion: A poca distancia de aquí está situada una casa bastante miserable, en la que habita la viuda de un antiguo oficial. Este era mui querido de los padres de mi Amo. En tiempo de verano venia á casa todos los dias con su muger, y eran tratados como ami-